

# EL PAPA LUNA, VARADO EN EL OCÉANO DE LA FE



¿Cuántas veces había querido desaparecer en el océano y volverse carne de espuma más allá del roquedal, sangre de agua salobre! Hubo un momento en que sólo soñaba con una muerte marina. Se imaginaba que, durante sus descensos a las bodegas de su fortaleza, cuando asomaba a las escarpadas gradas que deja la marea, un golpe de viento lo arrojaría al precipicio. O que, en la agonía arrebolada del ocaso, el emperador Segismundo enviaba un mercenario clandestino, tan sanguinario como aquel Boucicaut que asedió su mansión en Aviñón durante cuatro años ininterrumpidos. Era silencioso y artero en los acosos; aunque ruin y corajinoso: carecía de compasión y no le asustaba el crimen. De repente, mientras él absorbía aquel perfume cargado y el berrido de las gaviotas, su mano homicida lo empujaba desde la terraza. Así se veía: desplomándose por los aires, con su rostro aguileño, el cuerpo breve y su opulenta veste. Oía el trallazo brutal de su menguado peso sobre los peñascos, el postrer crujido de su osamenta casi centenaria, y se hundía hacia el fondo, a merced de los grandes peces de la madrugada y los buscadores de tesoros.

Era dichoso en el castillo. Había convertido sus inaccesibles muros, las estancias y los miradores en su último refugio. Alguna vez había dicho que antes de abdicar, se dejaría quemar. Ahora tal vez hubiese admitido que cedería en su dignidad papal antes que abandonar la península. Unos meses atrás había deseado fijar su residencia en Catania o en Palermo. Aquel anhelo fue como un subterfugio de marino indomable: con casi noventa años, Benedicto XIII deseaba volver a navegar. En su vejez infinita y casi inabarcable por la memoria, convenía con sus camareros y sirvientes en que su única felicidad la había alcanzado sobre las galeras. Dejándose ir a merced del temporal, asomado a cubierta y gobernando el timón, revestido de la autoridad divina, si la ocasión lo requería. Todos lo oían con un embeleso irremediable que rebasaba el cariño y el respeto. Era un anciano excesivo, charlatán y dispuesto, cuya inteligencia se había corporeizado en la tenacidad y en un pasmoso sentido del jui-





cio. Parecía que no notaba sus fatigadas piernas ni los achaques de la vista. Ni que hubiese cedido un ápice en su osadía. Sus leales lo veían subir y bajar a diario las escaleras del edificio, descender a los subterráneos, hasta la espumilla de la rompiente, o engarbitarse en la zona almenada. Leía hasta deshora a la luz de los velones y escribía diariamente. Poseía una biblioteca extraordinaria de más de dos mil volúmenes, colmada de códices, manuscritos forrados de vitela con encuadernaciones en oro, textos clásicos en latín y griego, y libros de literatura reciente: Boccaccio, Francesco Petrarca, el oscense Pedro Alfonso, el cronista Pero López de Ayala. Mordido por sus obsesiones marítimas, *La Odisea* se había convertido en uno de sus textos preferidos (desde su estancia en Huesca y Tarazona, había admirado a Homero; casi tanto como a Séneca) y a veces, durante sus baños solares del mediodía, protegido por un quitasol, recitaba fragmentos de las aventuras de Ulises y su encuentro con Calipso, la bella devoradora de hombres. Su vehemencia tampoco había sufrido merma alguna. Cuando le anunciaban que el emperador de Hungría o Alfonso *El Magnánimo*, de acuerdo con el Concilio de Pisa o de Constanza, le rogaban que cesase en sus obstinaciones y renunciase a sus preces, Benedicto XIII se enfurecía y se hundía en el butacón de raso de su despacho. Ojeaba durante horas los manuales de teología, anotaba frases completas, documentaba citas inverosímiles y emitía una bula de excomunión contra sus enemigos. Luego, se recluía en su recogida capilla y se arrodillaba en oración. Sin que moviese un dedo ni hiciese un ademán ostentoso, al cabo de media hora comenzaban a sonar los tubos del órgano. Primero eran unos sonos graves y lentos, casi arrítmicos; después las notas se volvían más rápidas y una melodía delicada invadía el recinto, empapaba de ingravidez y de un balbuceo entrecortado los altares, las esculturas, los relieves de ángeles y los bustos de madera que recordaban a San Pedro. En las cortes europeas ya se habían habituado a sus abruptos de pontífice «electo por Dios».

Cuando miraba al pasado, sufría una incómoda sensación de vértigo. Era como trasladarse a una región tumultuosa e inextricable, enterrada en el abismo del tiempo. Se percataba, con dolor, de que se había quedado solo en esa vejez pacífica de prócer depuesto. Todos sus amigos se habían ido muriendo, uno tras otro, ante sus ojos atónitos. Su protector Gregorio XI, su propio padre, sus prelados de antaño o su confesor Vicente Ferrer, quien lo acusó de perjuro y rebelde. Su infancia se disipaba en medio de imágenes borrosas y de olores agrestes. Recordaba el graznido de los cuervos en el llano, el grácil trote de los antílopes al otro lado de las jaras, las doncellas de nardo y brasa que recogían amapolas en el agro; recordaba la muralla, los torreones y las vistas del castillo de Illueca donde había nacido. Solía demorar en él ocasionalmente, a modo de descanso de sus numerosos viajes por toda la península, cuando lo llamaban *El cardenal de Aragón*. Podía entrever, entre peripecias e infidelidades, un suceso que le hizo creer que estaba predestinado para la servidumbre celeste. Un tarde se desató una feroz tormenta de verano. De pronto, el techo de una cámara fue atravesado por un rayo, cruzó la mesa y sus manteles sin quebrantarla ni

dejar rastro de quemadura, y cayó sobre un perro acanelado y minúsculo que dormía a los pies de Pedro de Luna. El animal quedó carbonizado y el resplandor horadó de nuevo los muros y se confundió con el vendaval que asolaba la villa. En otra ocasión, le acaeció algo semejante, que le predijo que estaba tocado por la gracia. Había preparado una larga expedición a Roma para encontrarse con Inocencio VII, pero éste rechazó todas sus citas. Benedicto XIII decidió reemprender la travesía. El estado del mar era espantoso. Se habían desmelenado los aguaceros y un aire huracanado levantaba un remolino furioso de ondas voraginosas. Toda la tripulación se vio condenada al naufragio y los gritos de espanto se mezclaban con los rugidos del mar embravecido. Ora se despeñaba el vigía del mástil, ora se quebraba la arboladura, ora se embarrancaba la nave o se descuartizaban las jarcias. Pedro de Luna, con una serenidad adornada de fe, miró a un punto inconcreto del cielo e imploró a Dios. Al final, se amortiguó la dureza del ciclón y encontraron puerto de paz en Marsella. Benedicto XIII entendió aquella aventura como una ratificación de su carácter sagrado: había salido indemne de un severo juicio del Creador.

A pesar de que nunca pareció supersticioso, le gustaba recordar este tipo de relatos. En sus conversaciones de Peñíscola, cuando le traían malas noticias o llegaban heraldos indeseables, siempre se despachaba con una anécdota de su juventud de estudiante en Montpellier. Había acudido con otros alumnos al conocido santuario de La Magdalena, cerca de Marsella, donde había una mujer penitente, famosa por la pureza de sus creencias y por su capacidad de adivinar el futuro. Se decía que leía como los antiguos en las vísceras de los animales, en las estrellas y en sutiles revelaciones nacidas de la inspiración y de la santidad. Los compañeros de Pedro de Luna quisieron saber qué destino esperaba a su amigo. «Este hombre tan virtuoso será un gran prelado en la iglesia de Dios. Será papa». Benedicto XIII había olvidado aquella premonición y en sus penúltimos días le acudía con insistente frecuencia al magín. Todas esas pinceladas, esparcidas en el lodazal sin fondo del recuerdo, afloraban de súbito y conformaban las piedras preciosas de un destino excelso e inalterable.

Sabía que le acechaban los enemigos y que su terquedad centraba las disputas de consejos y reuniones regias. Fue designado papa cuando no lo deseaba, en un momento en que el Cisma conmovía al mundo entero y luego, para mantenerse en su puesto, resistió conjuras, combates prolongados, calumnias y pérdidas irremediabiles. Demostró que era tan diligente con la lanza y la espada como con la lengua. Ya en su juventud demostró su pericia y su elasticidad en la esgrima. Estudió cómo evitar aquella amarga escisión de la cristiandad e incluso propuso ante la Universidad de la Sorbona un remedio infalible para acabar con el enfrentamiento: la renuncia de ambos pontífices y una nueva elección. Escribió más de sesenta epístolas a diversos teólogos donde manifestaba sus opiniones, siguiendo las escrituras y la historia de la Iglesia.

Aunque en un principio no vio nada anómalo en la proclamación de Urbano VI, que se destapó como un varón atormentado y sanguinario, después participó en la



elección de un nuevo Padre Santo, Clemente VII. Buscó adhesiones por las cortes españolas y quiso convencer a Pedro IV para que abandonase su neutralidad y tomase partido a su favor. A la muerte de aquél en 1394, Pedro de Luna se encontraba en Reus concentrado en sus numerosos poderes y en sus goces humanísticos. Paseaba entre los avellanos floridos, leía a los clásicos y contrataba a los músicos para que le deleitasen al crepúsculo en su palacio con conciertos de vihuela, violín y guitarra y hermosas voces femeninas. No lo dudó demasiado. Se puso en camino y se reunió en Aviñón con los cardenales del difunto. Aseguran que, en principio, no ambicionaba los máximos honores de la iglesia y tanto los expertos como una buena parte de las monarquías europeas creían que era un buen momento para acabar con el Cisma de Occidente. En esa dirección, llegaron cartas y embajadas al palacio pontifical. No hubo lugar: Pedro de Luna fue elegido con cierta premura por inmensa mayoría: cosechó 20 votos de un total de 21.

En sus pláticas con sus fieles, no le importaba reconocer que no había tenido un momento de paz. Ni siquiera en los primeros años. Todos querían poner término al conflicto y él creía firmemente en la autoridad de su cargo, superior en potestad y supremacía al de cualquier monarca o al de un cónclave de cardenales. Siempre se aferró a esa idea y las veces que con sinceridad quiso entablar acuerdos con otros pontífices, le volvieron la espalda. Lo hicieron peregrinar de ribera en ribera, arriesgar su vida sobre el mar, y al final siempre menoscababan su autoridad. ¿Quién podía entender su entereza, la profunda convicción con que se aferraba a su sino? No era ambición, ni codicia de riquezas, aunque siempre fue habilidoso en la intriga y un diplomático convincente. Durante casi un lustro sufrió la violencia de los mercenarios en su inmensa fortaleza de Aviñón: se despertaba cada mañana con un pabellón hundido por las catapultas o sin caballos; otro día, les habían arrebatado los víveres y habían asesinado al capitán de su defensa; en la siguiente jornada, les habían incendiado los altares con sus tallas, los relicarios, los joyeros. Vivía amenazado por las pesadillas, por las epidemias y por las disidencias. Apenas podía dormir. No sólo se entregaba a la plegaria, sino que tenía que combatir en primera línea sin desmayo, con la saña de un capitán de corsarios. Cuando logró zafarse de sus enemigos, escabullirse por un pasadizo escondido y consiguió alcanzar una pequeña lancha que le esperaba en el Ródano, volvieron a producirse numerosas adhesiones a su causa y pocos dudaron de su legitimidad.

«Pero por poco tiempo», dijo Pedro de Luna, inclinado en el alféizar. El agua, al retirarse, descubría el color de brea de las rocas y un tropel de delfines brincaba cerca de las playas. «Por poco tiempo —reiteró—, aunque en los años siguientes me convertí en un hombre del mar». Recorrió toda la costa mediterránea en pos de apoyos y de sosiego, y desembarcó en los muelles de Collioure, Perpiñán, Génova y Barcelona. El concilio de Pisa de los cardenales acordó una resolución salomónica: deponer a los dos papas. Tanto a Gregorio XII, de Roma, como a Benedicto XIII, de Aviñón. Y ante la resistencia de ambos, se optó por una decisión sumamente compli-

cada: el nombramiento de un nuevo Sumo Pontífice en la figura de Alejandro V, que falleció muy pronto y fue relevado por Juan XXIII. Desde entonces, Pedro de Luna había padecido incomprendimientos, persecución, afrentas, tentativas de envenenamiento, pero él no se había inmutado. Dijo que, conforme a Derecho Canónico, al único que le correspondía sancionar un nuevo Padre Santo era a él. Fue nuevamente desoído, mas su dialéctica continuaba siendo de una apabullante brillantez, de un rigor indiscutible. No le importó que lo menospreciasen con títulos desafortunados como «El antipapa» o que lo hubiesen declarado en total rebeldía. La última vez que expuso sus argumentos fue en 1415 ante Fernando de Aragón en Perpiñán: con 87 años impartió una lección magistral de oratoria, sabiduría teológica, irreverencia a los poderes humanos y terca independencia. Su discurso duró más de siete horas.

Lo habían tenido que dejar por imposible y contumaz. Aunque, mediante la perfidia de sus camareros, quisieron envenenarlo con un dulce de repostería. Sufrió vómitos, mareos, y hubo de permanecer una semana completa en la cama. Esperó con paciencia la confesión de los fementidos y traidores (todos declararon que le habían suministrado un postre emponzoñado que les había entregado el cardenal Adimari), y se volcó en sus libros. Remató las meditaciones de *Consolaciones de la vida humana* y determinó olvidarse de Roma, de Aviñón y de la curia, para concentrarse en sí mismo. Se encastilló con su intimidad y sus recuerdos como un desterrado en una colina del mar. Como un anacoreta confinado en una isla a la deriva. Contemplaba la resaca, el vuelo raso de las gaviotas con su ruidoso chapaleo sobre las aguas doradas en el verano, el tránsito de grandes embarcaciones en el horizonte nebuloso; oía el rumor de la corriente, el cántico de las olas sacudidas por el viento excitado, ese violento cosquilleo de la marea sobre la arena y se quedaba allí, sonámbulo en las elevadas galerías, transido de nostalgia. Un día de mayo de 1423, a los 95 años, tras haber nombrado cuatro cardenales que prolongasen su magisterio y su perseverancia, Benedicto XIII llamó a uno de sus criados y le dijo: «Ojalá pudiese desaparecer ahí abajo: volverme carne de espuma más allá del roquedal, sangre de agua salobre». Después pidió que lo llevasen a la alcoba y que abriesen las ventanas de par en par.

